

**EN LAS SUPERFICIES DEL PRESENTE.
DISQUISICIONES SOBRE EL MÉTODO DE EXCAVACIÓN
ARQUEOLÓGICA**

*Leandro D'Amore**

Fecha recepción: 15 de noviembre de 2014
Fecha de aceptación: 30 de octubre de 2015

RESUMEN

El texto presenta una visión pragmática y hermenéutica de la excavación arqueológica. Para conseguir este objetivo se construye la idea de una poética de la profundidad, que está constituida por la consideración de tres temas: 1) una visión narrativa de los registros de excavación, 2) la historicidad en el diseño y construcción de matrices de Harris, y 3) la relevancia de una posición situacional del conocimiento arqueológico. Se mostrará que los tres temas están íntimamente relacionados. La escritura de la excavación como un proceso narrativo se despliega en la forma de historizar el rol del/a arqueólogo/a en la adquisición de conocimiento, y este marco cognitivo es sostenido por la especificidad significativa de cada sitio arqueológico. En general, se plantea un conjunto de herramientas conceptuales y artefactos literarios que prueban ser útiles para discutir la presencia de la narrativa y la historicidad en la labor arqueológica de excavación.

Palabras clave: excavación – escritura – narrativa – historicidad – Matriz de Harris

**IN THE SURFACES OF THE PRESENT.
DISQUISITIONS ON THE METHOD OF ARCHAEOLOGICAL EXCAVATION**

ABSTRACT

The text presents a pragmatic and hermeneutic view of archaeological excavation. To achieve this objective the idea of a poetics of the depth was built, which is constituted by the consideration of three themes: 1) a narrative perspective of excavation records, 2) the historicity in the design and construction of Harris Matrix, and 3) the relevance of a situational position

* Escuela de Arqueología. Universidad Nacional de Catamarca. E-mail: leandro7000@yahoo.com.ar

of archaeological knowledge. It will show that the three themes are closely related. The writing of the excavation as a narrative process that unfolds in the form to historicize the role of the archaeologist in the acquisition of knowledge, and this cognitive framework is supported by the significant specificity of each archaeological site. In general, it presents a set of conceptual tools and literary artifacts that prove to be useful to discuss the presence of narrative and historicity in archaeological excavation work.

Keywords: *excavation – writing – narrative – historicity – Harris Matrix*

“La materia oscura de la poesía siempre ha determinado las estructuras del pensamiento. Las ideas, a su vez, si estuvieran desnudas de lengua, carecerían del manto que nos permite percibir las”

George Steiner

OBERTURA

El trabajo de campo es la madre de todas las dudas de la investigación arqueológica, donde dudar se convierte en una actitud por excelencia para poner en disputa lo que ya sabemos, hasta la propia ignorancia, en torno a los límites y conflictos cognitivos que posee nuestra disciplina. La excavación arqueológica se reconoce como un amplio espacio inmejorable para discutir la naturaleza del trabajo de campo y de la producción del conocimiento en Arqueología. Pero rara vez los procedimientos de excavación están sujetos a discusión y reevaluación, y permanecen dentro un ámbito informal de conversaciones ocasionales y circunstanciales. A pesar de eso, hubo, por un lado, un interés por enfatizar la tensión y los problemas que se producen al separar la metodología del contexto de producción y justificación del conocimiento arqueológico y, por otro, por poner en discusión las implicaciones de los métodos que legitiman un saber científico en consonancia con los saberes locales de las comunidades que interactúan con los sitios arqueológicos en el presente. Bajo el amparo neopositivista de una práctica de excavación impersonal y asocial, se defendía, y aún sigue vigente, una visión científicista de la excavación reducida a una serie de procedimientos agregados, vinculados a una manipulación técnica y a la adquisición de un conocimiento analítico y descriptivo que permanecía neutral a todo interés interpretativo y valorativo. En oposición, esta visión fue criticada y rechazada por distintos involucramientos socio-político de arqueólogos/as que, pretendiendo re-conocer su propia práctica articulada en un mundo globalizado, consumista y fracturado por asimétricas relaciones sociales con las comunidades locales, asumieron la negociación de una interpretación del pasado que se disputaba entre distintos intereses en juego.

El contexto socio-político antedicho es el argumento para adoptar una posición crítica sobre el lugar que posee la excavación arqueológica dentro de una *praxis* de estudio del pasado en la actualidad. Son varios los puntos de cuestionamiento que devienen de experiencias personales que confrontaron la visión científica de la arqueología. Uno de ellos, del cual este texto trata, es conseguir un estilo de deconstrucción de la idea de excavación como método científico a partir de dos categorías del pensamiento moderno: la narrativa y la historicidad. También se discute el método de excavación como un ámbito del discurso de la práctica arqueológica que fundamenta la cosificación del pasado, esto es: *el modo en que el espacio marcado por los límites arbitrarios de excavación se figura como el lugar donde el/la arqueólogo/a experimenta materialmente el pasado a través de los hallazgos convertidos en objetos arqueológicos*. De esto se desprende que el método de excavación es como si fuera una medida (de control) de la profundidad que separa al pasado (interpretación de acontecimientos y situaciones) del presente de las prácticas

arqueológicas (registro y clasificación de los testimonios materiales). Otro punto es la interpelación del método científico por la experiencia, sensorial y emotiva: *¿cómo se puede justificar el método en la experiencia si la experiencia es siempre finita, mientras que el método posee leyes que pretenden un alcance universal?* Este interrogante enfrenta dos caras de una misma moneda: la universalidad y homogeneidad del método de excavación *versus* la unicidad de la experiencia que se tiene en cada sitio arqueológico.

La compensación de la reflexión crítica se propone dar forma a una visión pragmática y hermenéutica de la excavación, revelando *una poética de la profundidad* (Wallace 2004). Esta es una poética establecida por una visión narrativa de la práctica arqueológica de excavación, en la cual el sujeto cognoscente está constituido intrínsecamente por el lenguaje figurativo. Enmarcándose en una gramática, se considera a la estratigrafía arqueológica como un lenguaje que nos identifica con un particular sentido de historia, tiempo y pasado. Específicamente, es una reflexión sobre la escritura de la excavación como un proceso narrativo que se inscribe y sucede con el conocimiento práctico del descubrimiento, relevamiento y registro de los datos y las evidencias que se desentierran. En la actualidad, la arqueología consiente una forma de representar la excavación como una actividad ambivalente entre la práctica de *descubrir* el presente del pasado y la inevitable *destrucción* de las huellas pasadas del pasado. La totalidad del texto trabaja con la idea de un método de excavación arqueológico insertado en una práctica social y constituido por esta, que no proporcione la usual apariencia de aislamiento en las *profundidades del pasado* en torno a una comunidad académica y occidental, sino que se forme y transforme en la interacción sobre las *superficies del presente* con las redes de relaciones que sostienen distintos tipos de saberes en afinidad y conflicto con otras comunidades.

LA ESCRITURA DE LA EXCAVACIÓN ARQUEOLÓGICA

La excavación arqueológica está asediada por la selección de estrategias conceptuales para representar y explicar los datos, específicamente, en los términos de que los datos sean considerados información significativa para contribuir a contar una historia. En este contexto, la narrativa es identificada por el modo en que se manejan datos cualitativos, que marcan situaciones particulares en la construcción de historias acerca de un tema específico de una parte del pasado. La narración constituye un modo discursivo de presentación de los datos arqueológicos, conducida por una estructura verbal (oralidad) que va tomando forma en una prosa (escritura) y que puede surgir en cualquier momento del trabajo de campo, el laboratorio o en la preparación de cualquier texto de divulgación. La acción de narrar es un cimiento de la escritura de los distintos reportes de registro de excavación, puesta en evidencia por una *aptitud narrativa* hacia el registro arqueológico y la cultura material. Esta aptitud, que repercute en un conocimiento práctico en la manipulación del mundo, está puntualizada por la capacidad de *seguir una historia* a medida que transcurre el acto de escritura del registro y por una experiencia lúdica de encuentro entre los actos de creación y recreación de las evidencias que aportan información sobre qué sucedió realmente en el pasado (Carr 1986).

El acto de narrar en la articulación con los contextos de descubrimientos, la escritura de la información y la dimensión pragmática de su discurso transgrede la formalidad del lenguaje pre-estructurado de las planillas de registro. La escritura del registro sucede en una tensión permanente entre *la huella* (el dato arqueológico), *el argumento* de la investigación (cadena de razonamientos que justifica la consistencia y coherencia entre las premisas y la validez objetiva de las evidencias arqueológicas) y *la trama* de las interpretaciones arqueológicas (el entramado de conexiones significativas que se va tejiendo entre las evidencias construyendo una historia que remite al tema y objeto de estudio) (Chadwick 1998; Hodder 1989, 1996, 1999; Pluciennik

1999). La escritura presenta un interrogante que inquieta la tranquila convivencia que se tiene con la materialidad durante los trabajos de excavación: *¿hasta qué punto nuestro pensamiento está cautivo de los protocolos lingüísticos que captan las formas de los hechos observables que habitan el campo de nuestra percepción?* Todas estas cuestiones de fondo, que generalmente permanecen encubiertas por la manipulación técnica y el tipo de método de excavación, fueron examinadas por el uso de dos tipos de registro escrito: las Hojas del Día y de las planillas de registro de unidades estratigráficas.¹

Hojas del Día y Planillas de Registro de unidades estratigráficas

Las Hojas del Día es un registro diario escrito en una hoja de tamaño A3 (figura 1), que como si fuera una bitácora de un barco, se va registrando todo lo que sucede en el día de excavación en relación a los materiales arqueológicos, a las unidades estratigráficas, y a las personas afectadas a distintas tareas en el trabajo de campo. Son Hojas sin ningún esquema de registro prefijado, el autor responsable del registro elige el mejor modo de representar la información recabada de todo un día, combinando, según lo desee, dibujos, esquemas, números, colores y expresiones. De este registro se obtiene una lectura tanto de la información como del informante. La información es múltiple: desde el detalle de los datos y las evidencias asociados a los hallazgos, las unidades estratigráficas y las relaciones entre ellos, hasta las diferentes interpretaciones que se van realizando, las discusiones y diálogos relativos a alternativas de registro, de procesos de formación, y de diferente criterios utilizados para la identificación y representación de las entidades arqueológicas de la excavación. Usualmente se repiten datos que ya fueron anotados en otras planillas de registro, a veces reforzando sus explicaciones; también se incluyen detalles y observaciones, algunos informales, que no tienen cabida en los esquemas pre-estructurados de los demás registros de excavación.

En un principio las Hojas del Día fueron registros documentados por el/la coordinador/a responsable de la excavación; posteriormente, se decidió que también fueran escritas por otros/as participantes y no solamente por aquella persona que tenía la jerarquía de comandar y organizar a las demás. Por consiguiente, la escritura comenzó a develar una multivocalidad constituida entre los/as estudiantes, arqueólogos/as, e integrantes de la comunidad a la cual pertenecía el lugar de excavación. Por otro lado, las Hojas del Día estuvieron fijadas por un trascendentalismo: el sujeto que escribía era un yo-trascendental (Kant 1968) que, a través de su escritura, revelaba que no se adhería a las diferencias, los conflictos y las prácticas que comentaba, estaba por encima de manera trascendental; pero, paulatinamente, esta forma de redacción devino en incluirse cada vez más las opiniones emotivas y políticas acerca de las decisiones que se tomaban en ciertos momentos de la representación e interpretación del material arqueológico. Se incluyeron conflictos de interpretación entre diferentes participantes, estados de ánimo y sucesos cómicos, que hicieron evidente una lectura atenta de lo que estaba sucediendo en la excavación y fuera de ella. Esa misma lectura se trasladaba a una escritura no-neutral, sino decisivamente política hacia distintos intereses en juego.² Las afinidades y los conflictos en las decisiones que se tomaban, en las interpretaciones que se elegían, eran parte de los diálogos y comentarios diariamente documentados en esas hojas, que representaban diferencias de estilos de ver el mundo con sus cosas y personas. Esto advertía que las experiencias de diferencia del pasado no solo eran asociadas con el material arqueológico, sino que gravitaban en torno a las relaciones de afinidad y conflicto entre las distintas personas que participaban en la interpretación cotidiana del sitio. Así fue tomando forma *lo personal* de la interpretación del registro, no solo como *un aporte subjetivo*, sino también de lo político que significaba el involucramiento autoral del/la arqueólogo/a (Joyce 2002; Gregorio Gil 2006). Esto supuso una toma de posición política en la

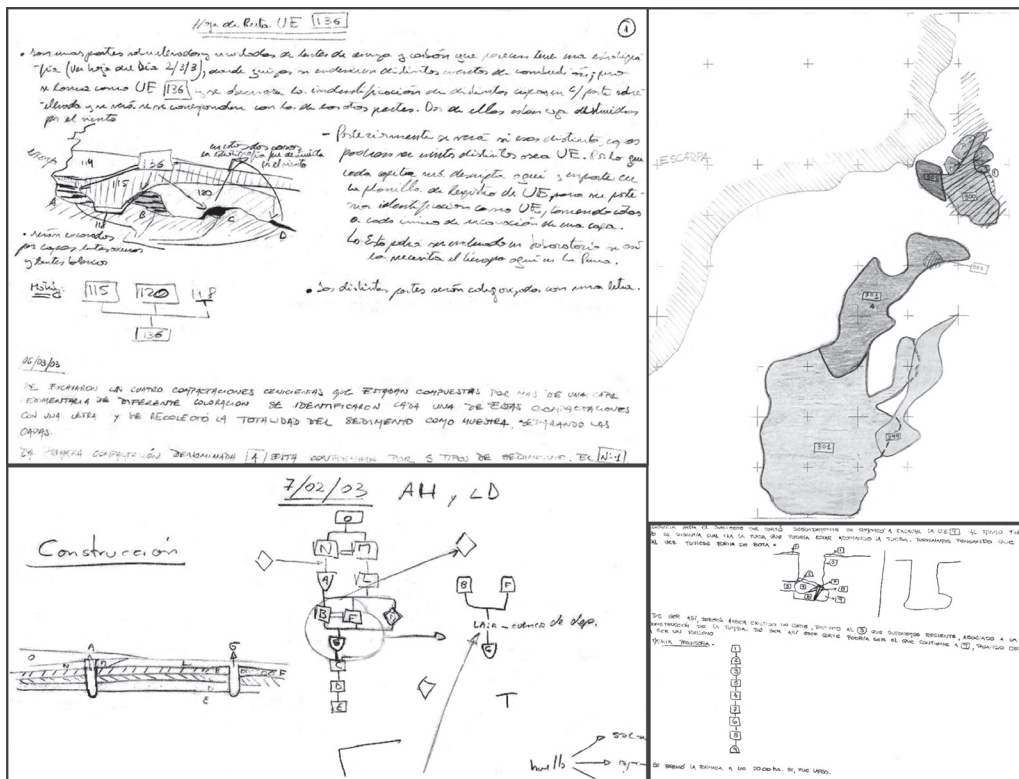


Figura 1. Distintas Hojas del Día con diferente información registrada

práctica de excavación, una actitud ética frente al material arqueológico, hacia el pasado, hacia los/as compañeros/as con que se compartió la campaña arqueológica y hacia los sujetos que ya no estaban pero que pertenecían a la memoria del sitio excavado. Particularmente, las Hojas del Día con sus explicaciones, interpretaciones, afinidades y conflictos mostraron que en la práctica de excavación más que investigar el pasado, se lo piensa y se lo experimenta diferencialmente con uno mismo y con los demás (los/as otros/as).

Las Hojas del Día crearon espacios de conversación y relaciones con el sitio arqueológico que no estuvieron prefijadas por las planillas de registro de contexto único o de unidad estratigráfica; allí el lenguaje tomó otra forma y las comparaciones, otras posibilidades. La escritura de la Hojas del Día advirtió de otros aspectos de la excavación, haciendo visible la agencia de quienes excavaban porque el hecho de escribirlas hacía que el/la autor/a recordara los distintos actos que había realizado, las decisiones que había tomado y los hechos en los que había estado involucrado/a. Estos artefactos literarios provocaron pensamientos propios de los/as excavadores/as. Cada registro de ese tipo lleva la impronta de la personalidad del sujeto que la realizó, según cómo fueron completadas (Yarrow 2008). Algunos aspectos del carácter de un/a excavador/a pudieron manifestarse en el registro de excavación. Por ejemplo, Hojas del Día muy prolijas y detallistas en su confección se relacionan a integrantes muy meticulosos en el acto de excavación, que dividieron unidades estratigráficas según el criterio de pequeñas diferencias, identificando una gran variedad de contextos. Por el contrario, otros/as prestaron poca atención al detalle, evitando descripciones superfluas y precisando la diferencia a un pequeño grupo de unidades estratigráficas, lo que hace referencia a una formación profesional cruda e irreflexiva a la luz de una imagen más amplia de los procesos de formación de sitio.

Una variedad de *juegos del lenguaje y/o géneros discursivos* (Wittgenstein 2004 [1958]; Bajtín 2008[1978]), que pertenecen al sentido práctico de la excavación arqueológica, fueron descubiertos interactuando con la escritura de las Hojas del Día. Estos son: dar órdenes y actuar siguiendo órdenes, describir un objeto por su apariencia o por sus medidas, construir un objeto de acuerdo a un esquema o dibujo, hacer conjeturas de un acontecimiento, relatar un suceso, desarrollar y comprobar hipótesis, imaginar una historia y comentarla, resolver un problema de matemática aplicada, comentar un chiste, completar la escritura de una planilla de registro, describir e interpretar la superposición estratigráfica y la depositación de ciertos hallazgos arqueológicos, diseñar el esquema o diagrama de una matriz de Harris, recriminar una acción indebida, manifestar un estado de ánimo particular, explicar un hallazgo arqueológico en relación con una tipología, tomar coordenadas de ubicación y cotas de profundidad de los hallazgos, entre otros. Las distintas acciones lingüísticas y extralingüísticas de la praxis arqueológica de excavación deben ser entendidas con esos múltiples y diversos juegos del lenguaje en sus irreductibles especificidades, más allá de que puedan hacerse generalizaciones del comportamiento humano en el trabajo de campo. Dentro de aquellos juegos del lenguaje, siempre hay reglas que definen lo que debe decirse en una situación dada, por lo que íntegramente no se es libre de elegir. Existe una normativa lingüística previa en la que el intérprete se mueve y solamente entendiéndola es posible transgredirla o desobedecerla. Las reglas son fluctuantes en un entramado en el que confluyen palabras y acciones, la práctica de seguir una regla establece varios cursos de acción, sin determinar alguno, debido a la capacidad de dar a la regla el contenido que uno/a quiera en diferentes contextos de significación. No existe una idea concreta por la que un/a arqueólogo/a identifica el significado de *marrón claro con tonalidades de gris* para el color de un estrato, de hecho, tal concepto se adquiere con la experiencia; y en todo caso ¿cuándo se tolera una infracción?, ¿en qué momento se convierte en lícito saltarse un semáforo que se resiste a cambiar de color u obviar la relevancia de un hallazgo? En muchos sentidos el lenguaje más que permitir, impuso lo que pudo ser dicho mediante una infinidad de combinaciones entre palabras, frases y proposiciones. Por ejemplo, la precisión de los términos que se manejaron en excavación a partir de los principios de estratigrafía arqueológica de Harris (Harris 1991 [1979, 1989]), estuvo sometida y ajustada a dos imperativos o juegos del lenguaje de la ciencia moderna: el realismo científico y el empirismo lógico. El primero afirma que las entidades teóricas de la Matriz de Harris –como interfaz, estrato horizontal y vertical, elemento interfacial vertical, interfaces de período y de destrucción, estratificación, y otras– *realmente existen* de la manera que son descritas por los principios de Harris; el segundo, declara que aquellas entidades pueden *ser objeto de la experiencia directa* (empírica), mientras sean verificables como entidades científicas. En principio, estos juegos del lenguaje estuvieron velando determinadas normativas que afectaron la manipulación técnica de la excavación y la manera en que se decidió y fomentó la adquisición de conocimiento con el uso de Matrices de Harris. Fue dentro del contexto de justificación de la ciencia que los principios y las matrices de Harris fueron instrumentados como metodología analíticamente eficiente y precisa para la recuperación de los datos arqueológicos en su debida contextualización estratigráfica (Carandini 1997 [1991]; Roskams 2003). Sin embargo, pese a esto, se generaron otros juegos de lenguaje marcados por un cuestionamiento que desalentaron defensas verificacionistas, naturalista y positivistas de la visión del pasado en excavación.

Entre la facticidad y la significación en los registros escritos de excavación, se da un juego del lenguaje en el cual es posible hacer una *constatación fáctica* de un hecho en el pasado y, aparte, explicar por qué ese hecho ocurrió como lo hizo y no de otra manera. En la práctica de excavación no solo se desea legitimar materialmente el pasado, esa legitimación también dota al pasado de significado, donde toda explicación llega a ser hermenéutica (Shanks y Tilley 1987; Shanks 1992; White 1992). Por ejemplo, en un caso descrito en una Hoja del Día se identificó la realización de un pozo, se agregó que, debido al contenido de su relleno y a su ubicación estratigráfica, se

interpretaba que el pozo podría haber sido parte de un acto de ofrenda al inicio de la construcción de la vivienda, es decir, ese hecho particular fue significativo para el pasado en relación con una práctica en un momento dado de un evento. El interés estuvo puesto en dotar de significado a ese hecho en una práctica en el pasado y no, tan solo, en dotarlo de verdad sobre que ese hecho es real porque existe materialmente un pozo en el presente. Otra manera de apreciar esto fue planteada en las Planillas de Registro de Unidades Estratigráficas (figura 2), dónde las representaciones que se forman del registro de excavación tienen una naturaleza dual que se transforma de ser literal a ser metafórica. Por ejemplo, en una primera descripción sedimentaria se escribe: “el estrato es un sedimento de grano fino suave de color marrón y tonalidad rojiza, con una composición mal distribuida de arena fina y mediana y ceniza”. Esta es una declaración literal que centra la atención en una situación particular fuera del lenguaje que la expresa, específicamente representa el sedimento tal cual es ahora y pudo haber sido en el pasado. La incorporación literal del contexto estratigráfico suministra una representación pasiva (Yarrow 2008). En cambio, en una posterior interpretación arqueológica se puede escribir que “la superficie del estrato es parte de la evidencia de una interfaz de periodo de un piso de ocupación en tanto que fue escenario de actividades culinaria y de manufactura lítica, donde los actores humanos se identificaron con diferentes roles y situaciones”. Aquí se lee una expresión metafórica que traslada el acento a lo que sucede entre las palabras y conceptos de superficie, interfaz de período, piso de ocupación, con una idea de escenario (teatral) de actores protagonistas de la obra (la ocupación humana). Se presta atención a una congruencia entre pasado y presente dada por la dimensión retórica (metafórica) del lenguaje que usamos para representar e interpretar un *pasado en sí*. No se argumenta que no existieron las entidades arqueológicas que denominan y clasifican los/as arqueólogos/as para referirse al pasado. Más bien, se argumenta que los términos lingüísticos que se usan para nombrar y referenciar aquellas entidades no son parte del fenómeno del pasado que tratan de evidenciar, sino que son parte de la representación del fenómeno en una interpretación narrativa del pasado, donde se lo dota de significado sin poner en duda si fue o no real y/o verdadero. No obstante, hay que considerar una íntima relación entre el conocer que *algo ocurrió* en la descripción sedimentaria y la representación de *lo que ocurrió* en una interpretación del pasado (Ankersmit 2004).

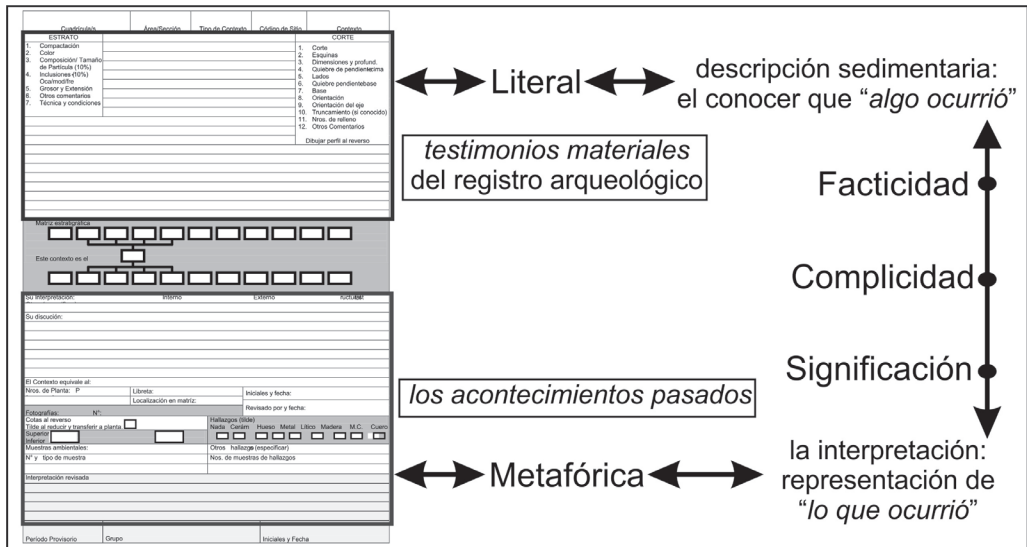


Figura 2. Planilla de Registro de Unidad Estratigráfica con sus respectivos sectores de descripción e interpretación

La excavación puede ser considerada una práctica científica, pero no por eso proporciona solo hechos científicos por correspondencia fáctica entre los datos y las evidencias (Jones 2002). La representación de *lo que ocurrió* en el pasado no es percibida sensiblemente, sino que suele ser una parte provocada por un acto interpretativo de imaginar un tipo de acontecimiento particular en un momento dado del pasado (Shanks 1992; Wallace 2004). El acontecimiento se convierte en un hecho cuando se argumenta que *ocurrió realmente* en el pasado y, además, porque ese hecho contribuye a una trama histórica. Por lo tanto, facticidad y significación son cómplices en la interpretación de hechos históricos en la ocupación y sedimentación del sitio arqueológico. Por ejemplo, a partir de una lectura puntualizada del registro de varias y sucesivas Hojas del Día, se descubrió que, repetitivamente, el hallazgo de puntas de proyectil solía anunciar la idea de actividades de cacería, pero la práctica de caza solo se volvió la enunciación de un hecho cuando paulatinamente se la asoció a otras evidencias obtenidas de la manufactura lítica, la arquitectura (parapetos, escondrijos), desechos óseos, la dinámica ocupacional del sitio (estacionaria) y el paisaje arqueológico de asentamiento. Todo ello convertía un acontecimiento de caza en un hecho que contribuyó a la historia que intentó narrar reiteradamente el *por qué* se ocupó el sitio arqueológico.

Otra particularidad es que la escritura del registro de excavación manifiesta una acostumbrada asociación objeto/evento –de acciones pasadas–, que es un binomio que define las relaciones literarias de una interpretación del pasado. Por ejemplo, punta de flecha-caza, lascas de obsidiana-manufactura lítica, fogón-preparado de comida, pozo-restos de desechos, restos óseos-consumo de alimentos, el tipo de cerámica-uso cotidiano y ritual, conana-preparado de vegetales, palas líticas-práctica agrícola, semillas-cultivos o recolección de vegetales, objetos de oro-reconocimiento de prestigio, y así muchas más. Todas estas relaciones forman una red de presuposiciones naturalizadas en la vida cotidiana de los/as arqueólogos/as. Por lo que son relaciones que no se crean durante y después de la excavación arqueológica. Son relaciones que se pre-entienden antes de producir cualquier tipo de estrategia de investigación. No se sabe, ni tampoco es una preocupación, cuándo empezaron a ser asociados tales objetos con tales eventos y acciones; en todo caso, sí es seguro que sobre esas relaciones se van asentando las interpretaciones a medida que se construyen los datos y las evidencias materiales. Y más importante todavía, es sobre esas relaciones que se va configurando la significatividad de una narrativa en el registro de excavación.

Durante la excavación, las Hojas del Día, junto con las otras planillas del registro, mostraron un proceso de estructuración del dato arqueológico que devino de la utilización de expresiones, conceptos, palabras y dibujos. La lengua fue puesta en escena por el habla desde los primeros contactos con el sedimento y la cultura material. El lenguaje fue empleado para identificar, describir y clasificar una variedad de información arqueológica.³ Las interpretaciones que expresaron *constataciones de acontecimientos* formativos del registro arqueológico –tales como actividades culinarias, prácticas de desecho, manufactura de implementos líticos, rituales, procesos biológicos postdeposicionales, erosiones eólicas e hídricas, pisoteo, etc.– fueron hechos dotados de significación por la correspondencia fáctica entre los datos (denotación-significante) y por las relaciones con las evidencias (connotación-significado) (Barthes 1987). Por ende, se argumenta que los distintos procedimientos de registro en la manipulación técnica manifestaron un *discurso narrativizante* (Benveniste 1972). Se trató de una paulatina articulación narrativa que de diversas maneras construyó y fijó imágenes, palabras y conceptos, que tramaron una forma de figuración (de lenguaje) para los distintos tipos de relaciones materiales y simbólicas percibidas e interpretadas en el registro arqueológico. Específicamente, las Planillas preestablecidas de Registro de Unidad estratigráfica, de Hallazgos Arqueológicos, de Muestra Única, de Mampostería y de Entierro, mostraron una narrativa en la cual los acontecimientos por sí mismos van sucediendo e, independientemente, se los registra a medida que suceden. Entonces, la escritura presenta los hechos cronológicamente sin la intervención de un/a narrador/a. Un proceso de escritura en el cual ningún criterio subjetivo, la persona que narra, mantiene el discurso establecido por la sucesión

de los acontecimientos. Las cosas suceden, se narran, sin hacer referencia a ningún narrador/a que las describa y las explique. No obstante, este discurso narrativizado se mezcló con la escritura de las Hojas del Día, donde los hechos del día pasaron por el tamiz de la subjetividad política del/a narrador/a y por el frecuente uso gramatical de deícticos personales, posesivos, demostrativos, reflexivos, recíprocos, de compañía y adverbios de tiempo y de lugar. Por lo tanto, la voz narrativa del/a cronista apareció y desapareció durante una variedad de prácticas discursivas que registraron lo que sucedió en la excavación.

Asimismo, el discurso narrativizante está inscripto en el reconocimiento del sustrato personal y político de la documentación de las interacciones de discusiones, diálogos, conflictos y entendimientos entre las personas dedicadas diariamente a excavar, interpretar y relacionarse. Significativamente, este es un proceso que se figura en la articulación de experiencias del pasado con modos de escritura que relacionan elementos de la objetividad y la subjetividad del/la narrador/a dados por expresiones del género personales, descriptivas, interpretativas, interrogativas, valorativas, etc. (Bajtfjn 2008[1978]).

Otra característica notable es que la escritura del registro se tornó una mitografía que, como notación gráfica, no solo se refiere a un lenguaje verbal de grafemas (letras, números y palabras), sino que es una notación gráfica de figuras determinadas por imágenes, dibujos, formas y objetos que coexisten con el lenguaje verbal. Pero debido al hecho de que a veces no existe una sola palabra para precisar esas figuras, se revelan desvíos semióticos en su representación (Barthes 2010 [1957]; Joyce 2002). Por ejemplo, algunos dibujos retrataron una sucesión de hechos que hacen posible discernir una narrativa antes de su escritura (figura 3), haciendo manifiesto el discurso narrativizante.

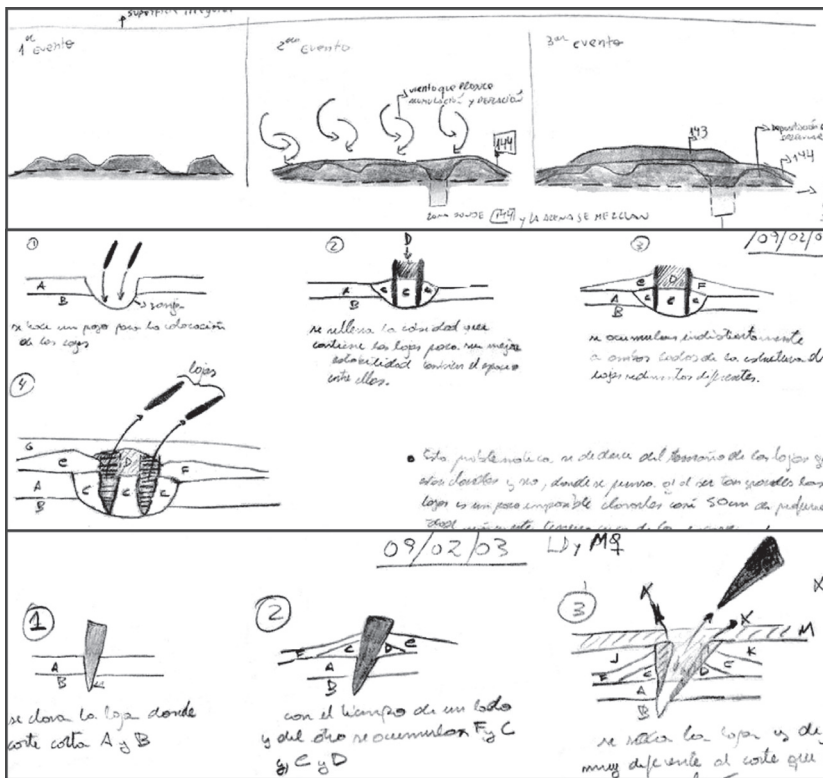


Figura 3. Distintas Hojas del Día donde se dibujaron secuencias de hechos que representan cómo sucedió una parte de la formación de la estratigrafía arqueológica del sitio

El registro de excavación debía incorporar la información tanto de las observaciones empíricas de los atributos físicos como de los procesos de interpretación por los cuales se entienden las unidades y relaciones estratigráficas, insertando la discusión acerca de los eventos naturales y prácticas sociales que permitieron la formación del sitio. No se trató solo de incorporar información de distinta naturaleza en distintos sectores de una hoja de registro, esto no serviría de nada, se seguiría admitiendo una falacia dada por una escisión que no existe. Por el contrario, se priorizó la creación de espacios de escritura donde esos tipo de información se asocien, estén juntos, mezclados, y puedan ser entendidos dentro de un discurso de complicidad y mutuo compromiso entre ellos. Las observaciones no están por encima de las interpretaciones y viceversa, ambas suceden en un mismo devenir de la práctica de excavación. La interpretación es narrativa y sucede siempre que se registra, describe y explica, es un mandato del imaginario que posee todo/a arqueólogo/a mientras excava, está manifiesta porque constituye la teoría y el dato por igual (Hodder 1999; Lucas 2001). Por este motivo, las metodologías de registro literario deben permitir un espacio dialógico para entender las descripciones literales de componentes objetivos en relación con la interpretaciones figurativas, que es lo que conduce a ensamblar distintas narrativas del sitio. Es imprescindible romper con la ortodoxia instrumental de las distintas planillas de registro de excavación, que facilita la imposición de categorías y términos, pero que asimismo constriñe las capacidades creativas e interpretativas de quienes excavan (Chadwick 1998; Yarrow 2008). A la par de estos propósitos, se debe fomentar una interacción entre todos los/as participantes que trabajan en la excavación y una interculturalidad entre ellos/as con las comunidades locales, evitando cualquier tipo de jerarquía laboral que dicte quién debería interpretar y quién no desde una escritura hegemónica. De esta manera se abre la posibilidad de que las interpretaciones provengan de varias voces, especialmente de la otredad no occidental, y que esto multiplique las discusiones, reflexiones y debates acerca de los lugares de excavación, sin reprimir que los/as otros/as decidan qué decir sobre esos lugares que les son propios (Joyce 2002; Chadwick 2010; Haber 2013).

La construcción de una narrativa no es una opción, es inherente a la naturaleza hermenéutica y subjetiva de la práctica de interpretación del pasado en todo lugar de trabajo. La arqueología adquiere una visión vertical gracias a la estratigrafía, especialmente, una noción de tiempo lineal que enfatiza claramente una estructura narrativa en cuanto a la explicación del pasado (D'Amore 2002, 2007). Esto quiere decir que la escritura del registro está íntimamente relacionada y en concordancia con la práctica de *hacer y construir una historia*. La excavación arqueológica produce varios tipos de explicación acerca de qué sucedió realmente en el pasado y, sean cuales sean las técnicas científicas empleadas, la meta final continúa siendo histórica: entramar la descripción en el tiempo de acontecimientos, de procesos de formación y de prácticas sociales.

LA HISTORICIDAD Y LA HEURÍSTICA DE LA EXCAVACIÓN ARQUEOLÓGICA

La excavación arqueológica no solo es consistente con una metodología para excavar, son fundamentales distintos métodos de registro y clasificación, de los cuales se pueden construir narraciones del pasado (Carandini 1997 [1991]; Chadwick 1998; Lucas 2001). Un caso concreto está dado por la efectividad de la escritura del registro de excavación sobre el diseño de matrices de Harris (Harris 1991 [1979, 1989]), que son secuencias estratigráficas que cuentan una historia. Sin embargo, para concebir esta articulación es menester comprender la postura que se sostiene con respecto a una narrativa histórica.

Para O'Brian y colaboradores (2005) escribir una historia procesual implica *hacer una crónica* de lo que sucedía cuando los sujetos hacían su vida en el pasado. Pero esto no es suficiente para justificar una historia. La comprensión de dos perspectivas es indispensable para ello. Primero, *la historia como narrativa*, que no es solo en el sentido de secuencia causal de

acciones y eventos, o la idea de identificar las causas y efectos colindantes de cómo ciertos rasgos culturales se desarrollan en un tiempo cronológico y un lugar particular del pasado. No captar la narratividad de los acontecimientos no se debe tan solo a no “manifestar un adecuado interés por el tratamiento juicioso de las pruebas, (...) respetar el orden cronológico de la sucesión original de los acontecimientos, (...) no basta que un relato trate de acontecimientos reales en vez de meramente imaginarios” (White 1992:20-21). Es preciso que los sucesos ocurridos en el pasado sean relatados revelando una estructura narrativa, que dota de significación a los sucesos de una manera que no lo hace la mera secuencia cronológica (como en los anales y las crónicas). Esa estructura narrativa es la construcción y configuración de *un argumento* o *una trama* que impone relaciones significativas entre los hechos narrados. La trama dota de un significado que reúne todos los acontecimientos; este significado, como totalidad, es una estructura marcada por una situación inmanente a la sucesión cronológica (White 2003) que no solo se establece como una imposición, sino que señala que los acontecimientos reales son capaces de encontrar su rol en la narración, es decir, de contribuir a la narrativa más allá del lugar que ocupan en un orden cronológico (Ricoeur 1996). Segundo, es preciso considerar *la historia como presente*, que es la historia determinada por el acto de escritura, que a su vez está dado por la capacidad reflexiva de cualquier sujeto para explicar e interpretar las causas y consecuencias de sus propias acciones e intenciones, y de ahí las de los otros, y la capacidad de seguir una historia. En este sentido, para aquellos arqueólogos vinculados al procesualismo (O'Brian *et al.* 2005) el único sujeto activo en la crónica es su autor/a, mientras que los sujetos que vivieron la historia a partir de la cual se reconstruye la crónica de sucesos, permanecen inactivos o pasivos ante lo que les sucede. De esta forma, queda sin cuestionamiento el típico problema de cómo insertar la idea de un individuo activo en la historia de los procesos y estructuras que explican el pasado de un sitio arqueológico (Shanks y Tilley 1987; Thomas 1996; Webster 1996; Pauketat 2001; Joyce 2002). Al respecto, es ineludible significar retrospectivamente *la historia como pasado* pensando en lo que los sujetos hicieron a través de cómo ellos/as negociaron sus representaciones de los otros/as y de su propio pasado (Pauketat 2001).

La narrativa involucra una coligación que no tiene la crónica, allí reside el sentido de historicidad que el/a arqueólogo/a atribuye a un conjunto de hechos; y es involucrándose en esa atribución que él/ella no queda afuera de esa historicidad, pertenece a ella intrínsecamente.

El registro de excavación es una paulatina construcción literaria que crea una significatividad entre los datos y las evidencias que se interpretan, y de ella se desprende la imaginación de posibles acontecimientos reales a partir de los cuales se cuenta una historia. Se narran descripciones, explicaciones e interpretaciones que van formando una idea del pasado del sitio arqueológico. Es en este ámbito donde el lenguaje –a través de expresiones, palabras y conceptos– crea imágenes de los objetos arqueológicos que ya no son perceptible como lo eran en el pasado, pero que los dota de un tipo de realidad para hacerlos disponibles a las maneras de explicación e interpretación que elige el/la arqueólogo/a. Estas maneras son dispositivos narrativos que se ponen en práctica por el acto de escritura de historias sobre los sedimentos y la cultura material, pero que también simbolizan “nuestras historias excavadas, registradas e interpretadas hora tras hora por y a través de nuestras manos, ojos y mentes en la actualidad” (Chadwick 2010:10). Historias que relatan cómo la materialidad de los restos que sobrevivieron de las prácticas pretéritas forman y modifican las acciones de los/as arqueólogos/as en la actualidad, y es así que se comienza a apreciar cómo las condiciones materiales de los sujetos en el pasado debieron haber estructurado sus relaciones sociales con el paisaje en el que vivieron. Precisamente así se conjuga una idea de historicidad de la excavación, donde todo/a arqueólogo/a es un ser histórico que debe historizar su ubicación como observador/a de lo que descubre-excava y autor/a de lo que registra-escribe, puesto que desde el presente solo se entiende el pasado porque se es en sí mismo un ser histórico formado en el pasado (Gadamer 1991).

Para destacar cómo la historicidad queda manifiesta en un sentido práctico durante la excavación arqueológica, esta es valorada en el diseño y construcción de secuencias estratigráficas en el formato de una Matriz de Harris (D'Amore 2002).

La cobertura literaria de las Matrices de Harris

El diseño de matrices de Harris se basa en las inferencias de la superposición física y en las interpretaciones de las relaciones estratigráficas. De sucesivas experiencias directas se infieren las relaciones físicas de superposición entre estratos e interfaces. Sin embargo, las relaciones estratigráficas no son inferidas directamente; más bien, son interpretadas por la imagen histórica que se va obteniendo de la sucesión de acciones, prácticas y eventos de depositación y remoción. En este sentido, la interpretación del proceso de estratificación es como construir una narrativa de ritmos, continuidades y rupturas, que revelan las evidencias de secuencias entre acciones humanas y eventos naturales. En contacto directo con el sedimento y la superficie de excavación el/la arqueólogo/a tienen la posibilidad de verificar, antes de extraer la unidad estratigráfica, si se está tomando una decisión de acuerdo a cómo se va orientando la excavación.⁴ Todas estas situaciones marcadas por las inferencias, las interpretaciones, la toma de decisiones, los procedimientos y las manipulaciones técnicas quedan registradas por escrito durante la excavación, conjuntamente con el registro de hallazgos arqueológicos y de unidades estratigráficas, formando amplios y diversos archivos que historizan la intervención arqueológica del lugar de excavación.

Aquellas bitácoras acerca de las que se reflexionó en la sección anterior, las Hojas del Día, están abiertas a varios puntos de referencia estables pero nunca inamovibles (Wylie 1999). Narrativamente, refieren a acciones y procesos interactivos que comprenden repeticiones con variaciones, concentraciones y cortes abruptos, evitando, así, que se conviertan en registros anárquicos sin intereses ni valores o poderes en juego. Cualquier registro de excavación cuenta una historia, o en todo caso, son registros narrativamente enunciados, son registros interesados cargados de valores individuales y colectivos. Por ejemplo, de las Hojas del Día se extraen biografías individuales (un tipo de género literario) relatadas por las reflexiones sobre las habilidades consumadas en la práctica diaria de excavar (Chadwick 2010), como la destreza de excavar bien una unidad estratigráfica, usar con minuciosa sensibilidad las herramientas de excavación, discernir difusas interfaces, resolver complejas secuencias estratigráficas, producir meticulosos dibujos de planta y sección. Estas son capacidades que diferencian un/a arqueólogo/a de otro/a en el diseño de matrices de Harris, pero que se enredan con experiencias e ideas que en conjunto son negociadas y debatidas en un contexto de conversación diaria (Ingold 2000; Sennett 2010). Dentro de estos contextos marcados por la narrativa, se sitúa la manipulación técnica de las herramientas de excavación que forman parte de una sedimentación de memorias incorporadas (hechas cuerpo) en la práctica y que, discursivamente, van desarrollando una poética en su encuentro imaginativo con lo desconocido que hasta entonces permanecía enterrado.

Las explicaciones históricas revelan las relaciones causales en el tiempo de la superposición estratigráfica. La representación de una temporalidad está implícita en las relaciones estratigráficas, impidiendo que estas queden encerradas en un circuito de solo dos vías de acceso: *encima de y por debajo de*. La comprensión de una multiplicidad de momentos, eventos y relaciones, que representan distintas categorías de tiempo en el esquema de una matriz de Harris, se enlaza con su agrupación e interconexión en una trama, que es la configuración (coligación) de una totalidad temporal desplegada por una narrativa histórica. En otras palabras, la variedad de hechos se compila en una organización que es la manera en que se cree que acontecieron durante la formación del sitio arqueológico. Los parámetros de la construcción narrativa de cualquier secuencia arqueológica se encuentran entre dos formas de relato. La crónica de fases cronológicas constituidas

por estadios separados de procesos culturales, prácticas sociales y eventos naturales (una lista descriptiva de eventos en orden cronológico: *acontece A*, *acontece B* y *acontece C*). La narrativa de una historia de las relaciones causales e intencionales entre aquellos procesos, prácticas y eventos (la interpretación acerca del devenir de *B* *acontece por causa de A*, y *C sucede por la intención de B*). Por lo que el devenir de los procesos culturales y naturales de la estratificación no solo se delimita o verifica en un espacio abstracto y numérico de la cronología, sino que también es comprendido en una duración temporal, como puede ser el transcurrir de un momento en una práctica cotidiana que es contingente históricamente, quizás, con una rutina o un episodio natural. Aquí una metodología relacional mantiene una profunda filiación con las posiciones contextuales del estudio del registro arqueológico. Es así que la interpretación de relaciones fundamenta la naturaleza histórica de la Matriz de Harris, exclusivamente relaciones entre las generalizaciones de patrones de procesos culturales y naturales y las particularidades del comportamiento humano en el pasado (Lucas 2001; D'Amore 2007).

Cualquier Matriz de Harris debe ser entendida como una construcción de una historia sobre la realidad de la estratificación arqueológica antes que una representación directa de un pasado reconstruido. A pesar de que la narrativa histórica de una Matriz de Harris se distinga por el uso de documentos y evidencias factuales recuperados en la excavación arqueológica, su forma narrativa debe ser entendida como una construcción literaria, la cual incluye la postura teórico-político-ideológica del/la arqueólogo/a. De ninguna manera la Matriz de Harris es un vehículo transparente para transmitir información sobre referencias directas o reales acerca de la estratificación arqueológica. Por el contrario, está dotada de una función primaria de expresión con un potencial narrativo, más metafórica que literalista, por la cual se acarrea información adicional en la forma de dotar de coherencia y significado a las relaciones estratigráficas. La contribución a una narrativa incluye la formalidad lógica del orden temporal de la superposición estratigráfica: *anterior a*, *posterior a*, *contemporáneo a*, y retiene la temporalidad del discurso histórico entre *un antes* y *un después*. La correspondencia del discurso explicativo con la organización de la realidad que crea el diagrama estratigráfico, debe implicar una consistencia temporal coherente en y entre las relaciones estratigráficas (lógicas), desde sus partes mínimas de sentido.

La Matriz de Harris tiene en común con la historia y la narrativa que *son totalidades que dotan de significado a las partes que las conforman*. Esta idea sistémica de totalidad significativa representa una red de relaciones que en su conjunto van originando significados diferentes a los que poseen las partes por sí solas (Geertz 1973). La red de relaciones estratigráficas que se exhibe en el diagrama de Harris posee una trama que no es necesariamente lineal, sino multiseccional (figura 4): se proponen líneas o hebras de sentido que pueden transitarse y separarse, listas para ligarse unas a otras. Las relaciones entre eventos y acontecimientos se ramifican y proponen momentos para reflexionar sobre temas que atraviesan la cultura material en el presente y del pasado. No obstante, cierta linealidad se hace notable debido al despliegue de dos tramas narrativas que posibilitan lecturas entrecruzadas de una secuencia estratigráfica. Una lectura secuencial puede realizarse desde arriba hacia abajo, narrando la sucesión de los estratos a medida que fueron excavados, revelando la trama de cómo fue excavado el sitio arqueológico, porqué ciertas unidades estratigráficas fueron relevadas primero y no otras; es decir, *narrar la práctica y las decisiones del/la arqueólogo/a durante la excavación*. La otra lectura puede realizarse al revés, de abajo hacia arriba, donde se pronuncia la narración argumentada por la sucesión de los estratos a medida que fueron depositados en el tiempo; *se narra la compleja dinámica de la ocupación humana en el sitio arqueológico*. Entonces, la Matriz de Harris opera en dos escalas argumentativas de análisis: la práctica arqueológica y la historia ocupacional y sedimentaria del sitio (D'Amore 2002, 2007). Dos argumentos que configuran similares relaciones narrativas con una interpretación socio-cultural de la estratigrafía de un sitio arqueológico. Entre los dos argumentos se articula una experiencia del pasado que está dada por la historicidad de un sujeto cognoscente que se

siente parte de la diferencia entre el pasado (la evocación del sitio) y el presente (de su práctica literaria y de excavación).

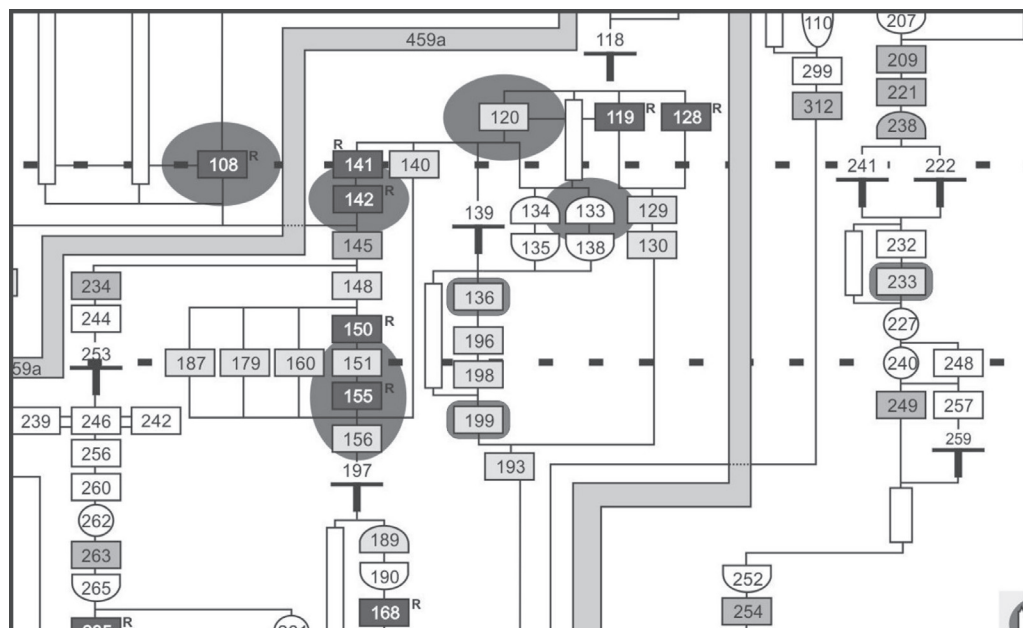


Figura 4. Un sector de una Matriz de Harris del sitio Ab1 donde las relaciones estratigráficas se entrecruzan entre distintos estratos e interfaces

La interconexión de las dos tramas se asienta en que la estratigrafía arqueológica es un “*dispositivo heurístico*” (Fotiadis 1992; Haber 2000). La subjetividad implícita en el proceso de creación de una estratigrafía arqueológica y su representación en una Matriz de Harris permite teórica y metodológicamente definir patrones significativamente vinculados a la acción humana y a eventos naturales, tanto en la superposición de las unidades estratigráficas como en su contenido cultural. Una Matriz de Harris interpreta un proceso histórico de estratificación como una totalidad de relaciones históricas por el hecho de que las prácticas sociales constituidas por acciones y representaciones son generativas de cambios y de nuevas prácticas, esto las convierte en históricas como así también en procesos, no solo consecuencias de procesos (Pauketat 2001; Webster 1996). Esto mismo es para los eventos y condiciones naturales que hacen de circunstancias restrictivas para la realización de las prácticas sociales y que son generativos de nuevos procesos y diferentes condiciones. Esta idea de historia generativa de cambios y novedades se extiende incluyendo el presente (*la historia como presente*). Los sitios arqueológicos continúan siendo afectados por procesos postdepositacionales (Schiffer 1987): de acciones geoquímicas, de plantas y animales o por acción antrópica como en los casos de sitios poco profundos debajo de campos de cultivos actuales y otros sitios bajo localidades urbanas. Todos estos procesos actuales y sus manifestaciones materiales, incluyendo la práctica de excavación arqueológica, pueden estar representados en la matriz estratigráfica (Steane 1992; Roskams 2000). En este sentido, los sitios arqueológicos pasaron a ser considerados lugares activos para dejar de ser estáticos registros arqueológicos, porque la excavación es un *espacio de encuentro creativo* en el cual se pueden idear distintas maneras dinámicas de articulación entre sus elementos constituyentes: excavadores, registros, hallazgos, el tiempo y el espacio (Chadwick 2010).

EL SOPORTE NATURALISTA VS. UN POSICIONAMIENTO SITUACIONAL

Los cuatro principios de estratigrafía arqueológica (Harris 1991 [1979, 1989]) son, por definición, generales y apuntan a extender su generalidad a todo lugar y tiempo. Por ello, el compromiso con el método estratigráfico de excavación es regulativo de los límites entre lo universal y lo particular en la forma de evaluación final de la estratigrafía arqueológica. En la búsqueda de conclusiones definitivas ¿es posible ubicarse fuera de este método y su sentido universal? La convicción de que la estratigrafía no podría ser de otra manera que la forma en que lo estipulan los principios absolutos de Harris, determina una uniformidad de la realidad y regularidades subyacentes a las observaciones. Por consiguiente, se hace referencia a un estándar de uniformidad en la naturaleza, en la cual la estratificación es entendida como una regularidad natural que es explicada por leyes naturales. La teoría de una estratificación gobernada por leyes justifica una práctica arqueológica que pueda descubrirla y conocerla de modo científico, y lograr así una determinada y auténtica verdad mediante las posibilidades y métodos de la verificación. En este sentido, la arqueología científica intenta descubrir la conexión legal de los fenómenos y procesos de la estratificación, haciendo inteligible una conexión legaliforme entre verdad y ley (Tugendhat 1998).⁵ La consecuencia directa de este universalismo es un orden natural y una realidad objetiva de los eventos que son independientes del observador y sus observaciones. Todo esto demanda una simetría empírica y una invariabilidad,⁶ que hacen de soporte del naturalismo de los principios estratigráficos de Harris. Simultáneamente, se conjetura un realismo científico (Wylie 1999; Bunge 2003) que establece que en la excavación arqueológica el marco externo de la realidad debe consistir en pensamientos no subjetivos derivados de forma directa de las observaciones.

No es autoevidente que el mundo está sometido a un orden natural y, mucho menos, que ese orden pueda ser conocido independientemente de nuestras perspectivas mentales. No es un presupuesto común a toda investigación que el mundo es uniforme, menos *a priori* a cualquier observación que lo confirme empíricamente. La circularidad entre la formulación de una ley, las observaciones y la confirmación experimental no asume la inclusión del sujeto en su propia percepción del mundo (Sokal y Bricmont 1999; Nagel 2000). El orden y la uniformidad son solo un marco impuesto a la experiencia directa que se tiene con el mundo. La uniformidad natural de los principios de Harris es la proyección de una visión del mundo en competencia con otras, entre las cuales se encuentra la imagen científica del mundo: *un mundo constituido de una realidad de hechos externos y libres de toda mente que los piense* (Nagel 2000). Pero no siempre se halla un orden entre los fenómenos observables, menos aún en situaciones que no pueden ser entendidas *a priori* de cualquier lógica, tales como las que representan los contextos sedimentarios enterrados en áreas de excavación. En términos generales, la estratigrafía arqueológica debe ser entendida desde la perspectiva particular del sitio arqueológico y su consecuente práctica de excavación. Esto sería privilegiar una verdad parcial, restringida y condicionada históricamente por el caso de estudio. Intrínsecamente a este marco local y situacional del conocimiento arqueológico, se acepta que toda observación está cargada teóricamente, pero también es imposible aceptar un pensamiento libre de toda atadura material y simbólica. Los objetos de la experiencia, aun cuando estén predeterminados por el lenguaje, son más o menos indeterminados en la situación de contacto por la cual se conectan con el sujeto cognoscente (Sokal y Bricmont 1999).⁷ De hecho, se piensa que *lo dado no es la cosa misma*, sino una perspectiva condicionada por el cambio que permanentemente obliga a una *visión de paralaje*: los objetos de la experiencia toman una multiplicidad de formas en la medida que cambia la posición de observación del sujeto cognoscente (cambios de perspectivas).

El libro de Harris (1991 [1979, 1989]) se perfila como un manual de excavación que homogeniza *a priori* cualquier realidad física que se encuentre atada a un caso de estudio particular. Pero las diversas experiencias que se obtienen en la práctica arqueológica muchas veces demuestran

lo contrario (Steane 1992; Chadwick 1998; D'Amore 2002). Aunque se haya excavado durante mucho tiempo un sitio arqueológico al amparo de una escarpa rocosa mediante la metodología de Harris, no necesariamente se está preparado para abarcar de la misma manera la excavación de un conchero en Tierra del Fuego o de un Templo Maya en Yucatán. Es imprescindible involucrarse con experiencias recurrentes en esos diferentes sitios. La experiencia está dada por situaciones, muchas imprevistas o por lo menos no previsibles de la misma manera que cuando se espera que sucedan. En las invariancias lógicas nunca puede haber sorpresas (Wittgenstein 1921), esta es una proposición que sirve para definir la naturaleza situacional del conocimiento histórico: delimitar las situaciones históricas donde las cosas suceden no es concordante a ninguna lógica *a priori*, sino *a posteriori* de que las cosas sucedan (Danto 1965; White 1992). La performatividad inacabada de los juegos del lenguaje es intrínseca a la incompletitud de la experiencia humana (Wittgenstein 2004 [1958]). Por lo tanto, toda relación entre un acto lingüístico y una actividad extralingüística no es en su totalidad autorreferente de una lógica *a priori*, esa relación tiene una identidad situacional (Naishtat 2005). De situaciones y de cómo se adecúan a ellas las erudiciones preestablecidas, acontecen las innovaciones en la adquisición de conocimiento durante una excavación arqueológica, que conduce, entre muchas otras cosas, al diseño y construcción de una Matriz de Harris.

La excavación como espacio y ámbito de una práctica hace que el/a arqueólogo/a contraiga compromisos personales y políticos con diferentes categorías de objetos arqueológicos (desde sitio, depósito, materiales, fragmentos, artefactos, estratos, sedimentos, superficies, hasta dispersiones de minúsculas partículas de carbón o ceniza). Estos son compromisos que discursivamente transforman objetos físicos en objetos interpretados, y más aún, son performativos del lugar que ocupan las acciones de cualquier integrante de la excavación. Uno mismo se compromete a interpretar lo que descubre porque es una responsabilidad que se adquiere como parte de la intención de excavar un sitio; y es una acción política porque la interpretación es una construcción social de la realidad atendida cotidianamente, es cambiante y dialéctica debido a que la nominalización que recubre el sentido del hallazgo es arbitraria con posibilidad de rivalizar con otras formas de nombrar a los hallazgos e introducirlos en distintas expresiones y evidencias acerca del pasado. Todas las personas implicadas en la excavación de un sitio se nutren de una aptitud literaria mediante sus escritos de registro. Una lectura perspicaz de esos registros discierne una posible compilación biográfica. Una biografía que inscribe acciones, procesos y personas narradas en un espacio de vida, que se vivió mediante experiencias personales y colectivas. En definitiva, la excavación arqueológica es un espacio que se siente al estar incorporado en el cuerpo: espacio hecho carne; un espacio narrado por la misma práctica que lo va delimitando; un espacio que es un lugar, un sitio, una parte; un espacio creativo y performativo por ser *un-estar-en-el-mundo* para la acción y la práctica; un espacio de trabajo, de relaciones, sentidos y sentimientos; un espacio narrativo para contar un momento de nuestras vidas porque es corporal, material, somático y, al mismo tiempo, es un lugar interpretado y comprometido por las acciones de las personas que antiguamente lo habitaron y de las personas que actualmente realizan su excavación y relevamiento.

La escritura fija la situación en su acontecer.

EPÍLOGO

En la excavación se pasa más tiempo escribiendo, diciendo y escuchando palabras y frases que haciendo descubrimientos arqueológicos. La excavación, como un espacio de escritura, es generativa de transformaciones y novedades. Es una experiencia particular (no atractiva para pensar una idea de experimento de las ciencias de laboratorio), que se repite en diferentes lugares, performando distintamente cada sitio, porque la naturaleza de la relación entre la técnica de exca-

vacación y los sitio arqueológicos es cambiante. El proceso de excavación consiste en experiencias que transforman a los/as investigadores/as y al material con el que se producen las experiencias (Chadwick 2010). La excavación debe ser percibida como un procedimiento creativo e interpretativo, por ello, activo, en plena transformación, y no como instrumental a una vana destrucción (Barret 1995; Haber 1996; Lucas 2001; Harris 2006).

Desde las experiencias vividas en la práctica de excavación no fue tan importante construir solamente un conocimiento del pasado, sino también un reconocimiento del conocimiento. Explorar significa aventurarse en lo desconocido, y la excavación representaría una exploración hacia la profundidad del pasado. En esto existe un extrañamiento, del tipo antropológico, que se mitiga con cierta familiarización sugerida por el uso del lenguaje que registra, clasifica, crea y narra. Pero “no hay nada tan extraño, en una tierra extraña [las profundidades del pasado], como el extraño que viene a visitar [el/a arqueólogo/a]” (cita del documental *Cannibal Tours* de Dennis O'Rourke, el agregado entre corchete es del autor). La poética de la profundidad es impulsada por el deseo de revestir la cruda realidad de la estratigrafía, de desechos, fragmentos y misceláneas enterrados, de enigmáticos desordenes, con la investidura de historias y narraciones que despiertan en los/as lectores/as emociones y rememoraciones, haciendo que lo que en un principio parecía nuevo o extraño se convierta en familiar y especial (significativo). La idea de poética es una gramática fecundada por la indagación empírica de la excavación y por la importancia del significado material de la tierra bajo nuestros pies, pero no está constituida por ellas (Wallace 2004). Habita en una pluralidad de superficies de tiempo y espacio a lo largo de la estratigrafía arqueológica, pero está constituida por una normativa práctica del discurso (juegos del lenguaje) que revela una escritura particular del registro de excavación. Es consistente con los códigos normativos y categorías discursivas que se utilizan y operan en la composición, estilo y temática de la construcción literaria de los registros, las clasificaciones e interpretaciones. Esta poética no busca una interpretación correcta y precisa del pasado; en cambio, prioriza las formas de construcción de tramas de historias y cómo estas se acomodan a los argumentos de la investigación. La imaginación arqueológica vertida en los procedimientos de excavación configura tramas narrativas, porque la invención de esas tramas es la invención de esos lugares del pasado que se excavan.

Es terapéutico descubrir una forma de subvertir el lenguaje empírico de observación y así provocar un antagonismo con el mundo visible de la excavación. Los hechos observables despiertan en el/la arqueólogo/a su visión tautológica de pretender asegurar su mirada en una certeza encerrada en el lenguaje, con el cinismo: *lo que ves es lo que tienes* (¿en palabras?). En la práctica de excavación es habitual acordar que las oraciones observacionales sean presentadas sujetas a un esencialismo empirista, esto supone que tales oraciones son absolutas en su descripción de la realidad por engendrarse en la experiencia directa. El flujo de la sensibilidad por la experiencia directa se acumula en las diferencias de impresiones e imágenes que forman la percepción que se tiene del mundo (Deleuze 2007). La representación de un objeto es la representación de una impresión de él entre otras que se distinguen. La diferencia se repite con cada impresión sensible. El supuesto de que las impresiones son imágenes tangibles convierte a los objetos observados en cuerpos con poder para operar autónomamente a la voluntad del sujeto (Deleuze 2007). Por esta razón, es ineluctable la presuposición de la distinción entre nuestra observación y lo observado para ver que “lo que vemos no vale, no vive, a nuestros ojos más que por lo que nos mira” (Didi Huberman 1997:13). Precisamente, *lo que vemos nos mira* o nos devuelve la mirada, que sería nuestro deseo de mirar las cosas que *nos miran* escrutándonos la identidad y posición de observación como arqueólogos/as. Entonces ¿cómo sería pensar desde este deseo las condiciones estéticas, epistémicas y éticas de las entidades descubiertas por la praxis de la excavación? La realidad fuera de la corporeidad del yo es la existencia de los otros, esa existencia es deseada para que pueda surgir la representación de la realidad. Esta idea del deseo, fábula filosófica de la experiencia visual de máquinas deseantes deleuzeanas, le da otro matiz a la intencionalidad

encubierta en el descubrimiento y el registro de la cultura material. El arte de formar, inventar y fabricar los conceptos y las ideas del pensamiento se alimenta de las representaciones visuales que están talladas en lo tangible de los cuerpos u objetos de la experiencia. Pero ¿es posible superar aquella aliteración a través de *mirar sin creer?*, y ¿cómo sería mirar algo sin pretender arrimarse a las certezas de lo que se ve en términos del lenguaje? En otro sentido, ¿qué sucedería si la esencia del empirismo es un problema concerniente a la subjetividad a través de la articulación de la experiencia? El empirismo es puesto en disputa por el inevitable límite de lo diáfano de los cuerpos observados y observantes que intervienen en la construcción de subjetividades y que también es el límite entre el significante y el significado atravesado por la naturaleza de la evidencia arqueológica (la huella).

Las reflexiones vertidas en este desenlace no tienen la intención de negar el hecho mismo de la existencia de un mundo real y material, sino conseguir una provocación (irritar) a la seguridad discursiva que avala su existencia en nuestras narrativas acerca del pasado. Esta seguridad discursiva se despliega por la formalidad del saber en ciencia, en las tipologías y códigos que se utilizan para dividir el mundo. La práctica de excavación se encuentra dentro de esa formalidad o juego del lenguaje, y a partir de ella se construyen socialmente los hallazgos como datos y evidencias arqueológicas. No se considera que la escritura sea una limitación, pero sí es una representación parcial que junto con la imaginación del/a autor/a descubre alternativas de pensar lo que se interpreta y modos distintos de *freezar* sentidos, relaciones y significaciones de situaciones y sujetos que nunca se detienen. En el acontecer de la excavación, en tanto sujetos cognoscentes los/as arqueólogos/as son distinguibles en forma e intensidad en un mundo inteligible fácticamente, como así también son diferenciados por y en el lenguaje que usan y por el que son usados (incitados, orientados y engañados). Por tal motivo, el lenguaje liga al/a arqueólogo/a a la densidad del mundo y a la opacidad de las cosas, sería la capacidad que une las formas materiales a su intensidad significativa que las hace distintivas entre ellas con el mundo. Quizás por ello deberíamos sumergirnos en la actitud que bien se expresa en el *Ulises* de Joyce:

“Cierra los ojos y mira”.

AGRADECIMIENTOS

Quisiera agradecer a las personas con las que compartí y discutí las ideas y argumentos expuestos en el texto: a mi director de doctorado Alejandro F. Haber, mis tesisistas Mariela Solís Villarroel y Marcela Díaz, mi compañera de trabajo Laura Roda, y mis estudiantes de la cátedra de Historia de Teoría Antropológica 2. Igualmente agradezco las pertinentes contribuciones de los evaluadores Rafael Pedro Curtoni y Carlos R. Belotti López de Medina. Con la gente de la Comunidad Indígena Kolla-Atacameña mantengo una gran gratitud y cariño por permitirme y facilitarme excavar en sus tierras y poder crearme como amigo y arqueólogo. Los errores y desaciertos son de mi responsabilidad como autor.

NOTAS

- ¹ Las experiencias de uso de estos dos tipos de registro se desarrollaron durante diversas campañas de excavaciones arqueológicas, desde 1995 hasta el 2008, en dos sitios arqueológicos de la Puna de Atacama en Argentina: Tebenquiche Chico y Archibarca (D'Amore 2002; Haber 2011).
- ² Si bien existen muchas definiciones de política, no me refiero al nivel institucional de la figura del político ni a la doctrina de un partido político, o a la de una ciencia y disciplina de los gobiernos, sino al nivel de la acción política. No obstante, todas las acepciones son derivadas. El interés está puesto en la revelación de la acción de la escritura en el discurso arqueológico del pasado. La escritura del registro

- como un campo de acción política, una acción que genera cambios a partir de acuerdos y conflictos para introducir y fijar novedades en la construcción social del sitio que se excava; que produce un cambio en el decir y en el objeto ya que cuando se escribe se toma una posición con la realidad representada por la escritura, aun cuando solamente se le dé un nombre a una cosa.
- ³ Solo en relación con el diseño de Matrices de Harris el lenguaje escrito es imprescindible para describir e interpretar distintas unidades estratigráficas, identificar conjuntos de hallazgos con el registro de una unidad estratigráfica, explicar un tipo de superposición entre hallazgos y series de rasgos estratigráficos, construir series de estratos y elementos interfaciales, explicar preliminares secuencias estratigráficas de la sedimentación, ensayar una o varias interpretaciones de cómo sucedió una particular superposición entre estratos, explicar decisiones y desvíos en el transcurso de la excavación, entre otros usos.
 - ⁴ En sitios arqueológicos que poseen *superficies multicomponentes*, de varias interfaces superpuestas que están a la vista formando una sola superficie de excavación, implica verificar cuidadosamente los contactos de superposición física entre todas las superficies de estratos horizontales expuestos para decidir cuál se excavará primero y cómo continuará la extracción estratigráfica.
 - ⁵ Al respecto, se niega una vinculación con un uniformismo metodológico que es fundante de la uniformidad de ley, clase, grado y resultado (Gould 1967) entre pasado y presente, el cual asume que las leyes naturales y los procesos que prescriben han sido invariantes en el tiempo y el espacio, que los grados de cambio fueron uniformes durante todo el tiempo y que la configuración del paisaje terrestre se da en una dinámica de estados regulares, incesantes de manera cíclica (Schumm 1985).
 - ⁶ Por un lado, identificar una simetría (adecuación empírica) entre las observaciones sobre la superposición estratigráfica en el registro arqueológico y la interpretación de los procesos de formación de eventos naturales y comportamientos humanos (Schiffer 1987; Schiffer y Miller 1999). Por el otro, identificar los elementos invariables (estáticos y universales) de la estratificación arqueológica en distintas observaciones y puntos de vistas de explicación (Harris 1991 [1979, 1989]).
 - ⁷ Nunca se tiene acceso directo al mundo sino a través de las sensaciones. Por lo que ¿existe algo fuera de los sentidos? No existe ninguna prueba de ello, solo hipótesis razonables acerca de que la coherencia de la experiencia directa consiste en suponer un mundo exterior que se corresponde aproximadamente con las imágenes que aportan los sentidos, y las sensaciones pueden modificarse como producto de la imaginación (Sokal y Bricmont 1999). Esta es solo una perspectiva de la cuestión, entre otras.

BIBLIOGRAFÍA

- Ankersmit, F. R.
2004. *Historia y Tropología. Ascenso y caída de la metáfora*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Barthes, R.
1987. *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*. Barcelona, Paidós.
2010 [1957]. *Mitologías*. Siglo Veintiuno Editores, Argentina.
- Bajtín, M.
2008 [1978]. El problema de los géneros discursivos. En *Estética de la creación verbal*: 245-290. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Barrett, J. C.
1995. Some Challenges in Contemporary Archaeology. Presentado en el *Ninth IFA Archaeology in Britain Conference*. Oxford, Oxbow Lecture 2.
- Benveniste, E.
1972. *Problemas de lingüística general I*. México, Siglo XXI.
- Bunge, M.
2003. *Emergencia y convergencia*. Buenos Aires, Gedisa.

Carandini, A.

1997 [1991]. *Historias en la tierra. Manual de excavación arqueológica*. Barcelona, Crítica.

Carr, D.

1986. *Time, narrative and history*. Indiana University Press., Bloomington Indianapolis.

Chadwick, A. M.

1998. Archaeology at the Edge of Chaos: Further Toward Reflexive Excavation Methodologies. *Assemblage* 3, [en línea], [consultado en el año 2002]. Disponible en: <http://www.shef.ac.ukslashessem/3/3chad.htm>

2010. What have the post-processualists ever done for us? Towards an integration of theory and practice; and radical field archaeologies. [en línea], [consultado en el año 2012]. Disponible en: http://www.academia.edu/239345/Chadwick_A.M._2001-2003_2010

D'Amore, L.

2002. Secuencia de Estratigrafía Arqueológica y Prácticas Sociales. Historia de una unidad doméstica del Oasis de Tebenquiche Chico. Tesis de Licenciatura inédita. Escuela de arqueología, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca.

2007. Narrar las prácticas del pasado. El potencial narrativo de la estratigrafía arqueológica como representativa de prácticas sociales. *Intersecciones en Antropología* 8: 101-120.

Danto, A. C.

1965. *Analytical Philosophy of History*. Cambridge, Cambridge University Press.

Deleuze, G.

2007. *Empirismo y subjetividad*. Barcelona, Gedisa.

Didi-Huberman, G.

1997. *Lo que vemos, lo que nos mira*. Buenos Aires, Bordes Manantial.

Fotiadis, M.

1992. Units of Data as Deployment of Disciplinary codes. En J. C. Gardin y C. S. Peebles (eds.), *Representations in Archaeology*: 132-148. Bloomington e Indianápolis, Indiana University Press.

Gadamer, H. G.

1991. *Verdad y Método*. Salamaca, Sígueme.

Geertz, C.

1973. *The interpretation of cultures*. New York, Basic Books.

Gould, S. J.

1967. Is uniformitarianism useful? *Journal of Geological Education* 15: 149-155.

Gregorio Gil, C.

2006. Contribuciones feministas a problemáticas epistemológicas de la disciplina antropológica: representación y relaciones de poder. *Revista de Antropología Iberoamericana* 1 (1): 1-5.

Haber, A. F.

1996. La estratigrafía y la construcción del tiempo en arqueología. Comentarios sobre la teoría de Harris. *Shincal* 5: 27-34.

2000. Una arqueología de los oasis puneños. Domesticidad, interacción e identidad en Antofalla, primer y segundo milenios d.C. Tesis Doctoral inédita. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Buenos Aires.

2011. *La casa, las cosas, y los dioses. Arquitectura doméstica, paisaje campesino y teoría local*. Córdoba, Encuentro Grupo Editor, Editorial Brujas.

2013. Anatomía disciplinaria y arqueología indisciplinada. *Arqueología* 19: 53-60.

- Harris, E. C.
1991 [1979, 1989]. *Principios de estratigrafía arqueológica*. Barcelona, Crítica.
2006. Archaeology and the ethics of scientific destruction. En S. N. Archer y K. M. Bartoy (eds.), *Between Dirt and Discusión. Method, Methodology and Interpretation in Historical Archaeology*: 141-150
New York, Springer.
- Hodder, I.
1989. Writing archaeology: site reports in context. En *Antiquity* 63: 268-274.
1996. *On the Surface: Catalhöyük 1993-95*. Cambridge, The McDonald Institute for Archaeological
Research and British Institute of Archaeology at Ankara.
1999. *The archaeological process. An introduction*. Oxford, Blackwell.
- Ingold, T.
2000. *The perception of the environment. Essays in livelihood, dwelling and skill*. London/New York,
Routledge.
- Jones, A.
2002. *Archaeological theory and scientific practice*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Joyce, R. A.
2002. *The languages of archaeology*. Londres, Blackwell.
- Kant, I.
1968. *Crítica de la razón pura*. Buenos Aires, Losada.
- Lucas, G.
2001. *Critical Approaches to Fieldwork*. London, Routledge.
- Nagel, T.
2000. *La última palabra*. Barcelona, Gedisa.
- Naishtat, F.
2005. *Problemas filosóficos en la acción individual y colectiva: una perspectiva pragmática*. Buenos
Aires, Prometeo Libros.
- O'Brian M. J., R. L. Lyman y M. B. Schiffer
2005. *Archaeology as a process. Processualism and its progeny*. Salt Lake City, The University of Utah
Press.
- Pauketat, T. R.
2001. Practice and History in Archaeology: An Emerging Paradigm. *Anthropological Theory* 1(1):
73-98.
- Pluciennik, M.
1999. Archaeological Narratives and Other Ways of Telling. *Current Anthropology* 40 (5): 653-678.
- Ricoeur, Paul
1996. *Tiempo y Narración. Tomo III*. México, Siglo XXI.
- Roskams, S.
2000. *Interpreting Stratigraphy. Site Evaluation, Recording Procedures and Stratigraphic Analysis*. BAR
(International) Series 910. Oxford: Archaeopress.
2003. *Teoría y Práctica de la excavación*. Barcelona, Crítica.
- Schiffer, M. B.
1987. *Formation Processes of the Archaeological Record*. Albuquerque, University of New Mexico
Press.

Schiffer, M. B. y A. R. Miller

1999. *The material life of human beings. Artifacts, behavior, and communication*. London/New York, Routledge.

Schumm, S. A.

1985. Explanation and extrapolation in geomorphology: seven reasons for geologic uncertainty. *Transactions of Japanese Geomorphological Union* 6 (1): 1-18.

Sennett, R.

2010. *El Artesano*. Barcelona, Anagrama.

Shanks, M.

1992. *Experiencing the past. On the character of archaeology*. London, Routledge.

Shanks, M. y C. Tilley

1987. *Social Theory and Archaeology*. Cambridge, Polity Press.

Sokal, A. y J. Bricmont

1999. *Imposturas intelectuales*. Barcelona, Paidós.

Steane, K. (ed.)

1992. *Interpretation of Stratigraphy: a review of the art*. Lincoln, City of Lincoln Archaeology Unit.

Thomas, J.

1996. *Time, culture and identity. An interpretative archaeology*. London, Routledge.

Tugendhat, E.

1998. *Ser, verdad y acción. Ensayos filosóficos*. Barcelona, Gedisa.

Wallace, J.

2004. *Digging the dirt. The archaeological imagination*. Londres, Duckworth.

Webster, G. S.

1996. Social Archaeology and the irrational. *Current Anthropology* 7 (4): 609-628.

White, H.

1992. *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Barcelona, Paidós.

2003. *El texto histórico como artefacto literario*. Barcelona, Paidós.

Wittgenstein, L.

1921. *Tractatus Logico-Philosophicus*. [en línea], [consultado en el año 2004]. Disponible en: www.philosophia.cl/Escuela de Filosofía Universidad ARCIS.

2004 [1958]. *Investigaciones Filosóficas*. Barcelona, Crítica.

Wylie, A.

1999. La interacción entre las limitaciones de la evidencia y los intereses políticos: investigaciones recientes sobre el género. En L. Colomer, P. González-Marcen, S. Montón y M. Picazo (comps.), *Arqueología y Teoría Feminista. Estudios sobre mujeres y cultura material en arqueología: 25-67* Barcelona, Icaria.

Yarrow, T.

2008. In Context: Meaning, Materiality and Agency in the Process of Archaeological Recording. En C. Knappett y L. Malafouris (eds.), *Material Agency. Towards a Non-Anthropocentric Approach: 121-138*. New York, Springer.